

## En Atocha

Víctor Claudín

*Inevitablemente, a Manuel Puig.*

### 1.

- Perdone que le moleste...
- ¿Sí?
- Le llevo viendo desde hace mucho y la curiosidad me reconcome.
- ¿Hago algo malo?
- No, no es eso, claro que no. Y tampoco querría molestarle.
- Me alegro de que piense así.
- Pero me gustaría saber por qué cada cierto tiempo aparece aquí, llega, se pasa un par de horas mirando a la gente, y se va sin que haya sucedido nada.
- ¿Nada?
- Nada que tenga que ver con usted.

- Pero no me negará que pasan montones de cosas. Es más, no hacen más que pasar historias.

- Si usted lo dice.

- Es una larga historia.

- Perdóneme si le estoy molestando.

- No se preocupe, no me importaría contársela, pero no creo que le interese.

- No es mi intención resultar curioso.

- No se disculpe conmigo. Vengo a la estación por ver si me encuentro con una vieja amiga.

- ¿Y eso?

- La última vez que la vi yo esperaba mi tren, llegué con demasiado tiempo, tanto que estuve primero leyendo un rato en la sala de espera, la de ahí, la que se asoma a las vías por un gran ventanal. Hacía un rato que me había cansado del libro y paseaba de un lado a otro en este espacio entre las escaleras mecánicas que bajan a los andenes y los controles. Apareció de pronto, se dirigía a su pueblo. Fue como una visión imposible, un sueño.

- ¿Una vieja amiga?

- Un amor de otro tiempo con el que me porté fatal. Nunca he dejado de pagar las consecuencias de aquel error, por mucho que también haya sido feliz sin ella.

- ¿Y qué pretende?

- Busco la oportunidad de pedirle perdón, sólo eso.

- ¿A sus años?

- Sí, a mis años, tengo cerca de sesenta, tampoco son muchos, me queda mucha vida, y volver a tener un minuto de felicidad ante ella me compensaría todo el sufrimiento que llevo arrastrando desde mi juventud.

- ¿Qué pasó?, si no es indiscreción.
- Lo que nos empeñamos que pase siempre.
- ¿Me cuenta?
- Nos queríamos y comenzamos a vivir juntos. Pero yo arrastraba un gran dolor que me impedía volcarme del todo...
- Perdone que le interrumpa, ahora regreso.
- Claro.

- Perdone, hay algunos jóvenes que tengo muy vistos y necesitan sentirme cerca para no tener tentaciones.

- ¿Se refiere a robar?
- Positivo
- Lo entiendo.
- Puede seguir, si quiere; no piense que no me interesa su relato, muy al contrario.

- Sé que está cumpliendo con su trabajo... a veces veo a los agentes de seguridad, como usted, y me imagino lo duro que tiene que ser.

- En mi caso no es una elección. Me vine del pueblo y no encontré otro trabajo.

- En todo caso, hablar con usted es un desahogo que le agradezco.

- Me alegro. Aunque yo no...
- Yo vivía con una mujer y un hijo, el hijo no era mío, lo conocí a los tres meses de edad. Se convirtió en mío por el trato y por mi dedicación, y por el amor que sentía hacia su madre. Nuestra historia duró cinco años. Entonces ella me dejó.

- Las mujeres pueden llegar a ser muy malas.
- El ser humano puede llegar a ser muy dañino.
- Como quiera.

- Le puedo asegurar que no entiendo cómo me quedé tan enganchado de aquella mujer catalana, porque al mismo tiempo me resultaba muy complicada la convivencia a su lado.

- ¿Y eso?

- Sólo le voy a dar un dato: en todos esos años creo que la penetré cuatro o cinco veces.

- No entiendo.

- Sí, que era clitoridiana, al menos eso decía.

- No lo había oído nunca.

- Que sólo le gusta que la toquen y no que la penetren.

- Claro.

- Al terminar nuestra relación, y saber que andaba con una mujer, comprendí que ella lo llamaba así porque aún no había descubierto su lesbianismo, o acaso me estuvo engañando.

- ¿Qué era tortillera?

- Si no hubiera estado tan ciego tenía que haberme dado cuenta de cómo plantó al padre de su hijo, cuando éste tenía tres meses. Era otra manifestación de su radical egoísmo. Usó a un tipo para tener al hijo, a mí porque le apetecía más que fuera educado por alguien de mi perfil, así construía la vida: a golpe de capricho.

- ¡Vaya víbora!, con perdón.

- Algo parecido.

- ¿Y entonces le dejó?

- Sí, no voy a entrar en el detalle de cómo fue nuestra vida en común, ni de qué manera llevó lo de la separación, siempre asesorada por su madre, por supuesto.

- ¡Otra víbora, seguro!

- Maniobrera. De todos modos cada uno actúa como le parece.

- Seguro.

- Pero lo cierto es que yo quedé destrozado, anulado, sin entender.

- ¡Cómo no, si la quería!

- La amaba. Era la mujer de mi vida. Y tenía experiencia con otras mujeres, pero aquello fue amor, sobre todo lo que el amor tiene de ceguera y obcecación...

- Que es mucho.

- ... eso no lo distinguí hasta que me quedé solo.

- Eso pasa.

- Pero no me acostumbro a vivir solo... ni siquiera ahora.

- ¿Ha visto a ese tipo?

- No se preocupe. Algunos que tienen mala pinta no son nada peligrosos. A ése le conozco, es una buena persona, se tuvo que echar a la calle al quedarse sin trabajo, como tantos otros, ya ve que tira de ese carrito en el que guarda lo que le queda. No hace mal a nadie, trata de buscarse la vida sin molestar, inventándose cosas que hacer. Me preocupan más algunos mozalbetes sin mucho sentido, y gentes que aparentan distinción.

- Eso pasa.

- Ya lo creo. Pero dígame...

- Preferiría que me tuteara, así no me sentiría tan viejo como soy.

- Claro, pero me permites que te diga que no eres tan viejo, pero para nada. Se te ve en buenas condiciones, con ese abundante pelo moreno, buena planta, seguro que echamos una carrera hasta los andenes del AVE y me gana.

- No te rías de mí.

- No, en serio, estás estupendamente. Pero sigue, siempre te estoy interrumpiendo.

- Lo que me fastidia es que tal vez te esté incordiando y no puedas hacer tu trabajo.

- No te preocupes, tengo ojos y oídos para todo, no se me escapa nada, aunque te suene una chulería. Luego haré la ronda, cuando te canse.

- No, nada, pues que se acabó.

- ¿De golpe?

- No me lo esperaba, en absoluto. Fue terrible. Además, aquél ya era mi hijo.

- ¡Claro, cinco años es mucho!

- Pues sí, pero sobre todo es que yo seguía pensando que aquella era mi mujer, que no podía haber otra, en fin, esas cosas que se piensan, sobre todo cuando se pierden. Y no voy a entrar en detalles.

- No lo pretendo.

- ¿Y entonces?

- Pues realmente no puedo estar solo, no tardé en encontrar a una mujer deliciosa, que se entregó desde que nuestras miradas se cruzaron cargadas de atracción. Y estuvimos tres o cuatro meses, o más, no sé. Fue muy bonito. Mi recuerdo es maravilloso, y eso que hubo algún momento terrible.

- ¿Sí?

- Precisamente cuando comprendí que entre nosotros había mucho más que estar juntos en la cama, que nos encantaba a los dos. Pero también me descubrió el mundo del esquí, me presentó a unos amigos encantadores, en fin, nos conocimos en la noche, pero ella tenía una furiosa pasión por la luz, por la risa, por la vida. Hubiera podido ser feliz al lado de Rosa, lo supe luego.

- ¿Y que pasó?

- Que otra vez apareció ella.

- ¿Cómo? ¿La de antes? Ya veo que no me quiere decir su nombre.

- Lo he olvidado.

- Seguro. ¿Y volvió?

- Lo que has oído. Yo tenía relación con ella por mi hijo. La veía cuando le recogía o le dejaba. Pero de repente me engatusó para volver a vivir juntos. Yo no dudé ni un segundo. Le abrí mis brazos y le expliqué a Rosa que lo nuestro había terminado.

- ¡Vaya putada!

- Pues sí, y además una decisión tremendamente injusta, Pero me quería tanto que entendió mi necesidad de volver a intentarlo con la otra si quería ser feliz.

- Un error.

- Mi Rosa me dejó sin acusaciones ni malas palabras. Sólo con un dolor que he recordado con los años. Ella me amaba limpiamente, sin rémoras. Sin embargo, en mí quedaba algo que se interponía en nuestra felicidad, y tenía que encararlo. Sin razón alguna, sin darme cuenta de la trascendencia, lo de Rosa había terminado definitivamente, porque mi vida estaba al lado de la madre de mi hijo.

- ¿Y así fue?

- Pues no.

- No lo entiendo.

- Muy fácil. Ella seguía manejando la gente a su antojo. De verdad, no he vuelto a conocer una persona tan interesada como ella, aún su misticismo y su fingido aire espiritual. Se trasladó a mi casa y allí estuvimos un par de meses procurando recuperar la perspectiva de futuro. Pero se volvió a ir sin más explicación.

- ¿De verdad?

- Pero no se conformó, unos meses después, me dejó reanudar la relación, cada uno en su casa.

- ¡Estaba loca!

- La siguiente vez que la vi fue ya abrazada a una mujer.

- ¿Y el niño?

- Lo perdí.
- ¿Y eso, no te lo dejaba ver?
- No fui capaz de seguirle viendo al llevar consigo el trato a ella.
- Lo entiendo.
- ¿Seguro?
- Es humano.
- Nunca me lo he perdonado, te lo aseguro. Durante un fin de semana que lo tuve conmigo, fui feliz, hicimos muchas cosas, pero a la mañana del lunes lo llevé al colegio y en la puerta estaba ella. Tremendo choque para mí. Fue la última vez que le vi. Nunca le he olvidado.
- ¡Vaya historia! Pero eso no explica que esté ahora aquí.
- Rosa.
- ¿Rosa? Perdóname otra vez.

## 2.

- Me alegra verle.
- ¡Vaya, estupendo!
- Sí, de verdad. Desde la otra vez estoy pensando que en realidad no sé nada de usted, si está casado, si tiene familia. Todo eso.
- Pues lo que yo he estado pensando es que te metí un rollo de órdago.
- Me encantó hablar con usted, y su historia.
- De tu, por favor.



3.

- ¡Hola!

- ¡Hola!

- Perdona, pero el otro día se me hacía tarde y tú no regresabas.

- El que lo siento soy yo, pero habían robado en una de las tiendas. Yo estaba seguro de que eran un par de tipos que habían llamado antes mi atención. Los busqué y los encontré, pero ellos se resistieron, tuve que llamar refuerzos. Al final los pillamos, y con el botín encima. Luego el papeleo y todo eso.

- Me imaginé que ocurría algo cuando saliste corriendo.

- Recuerdo que me iba a contar qué tenía que ver su historia con su presencia aquí.

- Sí, te iba a hablar de Rosa.

- ¿Le apetece hacerlo ahora?

- Claro que sí, hasta que tengas que salir corriendo. Ya no te voy a pedir más que me tutees.

- No lo puedo evitar.

- Lo entiendo.

- Es mi trabajo, y no se ofenda si parece que no le presto atención porque esté mirando a todas partes. Aunque esté con usted y me guste mucho escucharle, sigo trabajando.

- Lo entiendo perfectamente.

- Mire a esos, por ejemplo: pues tengo que seguirles con la vista hasta que vea de qué van.

- Supongo que hoy en día es muy complicado saber quién es violento y quién no, solamente por la pinta, por su indumentaria, por sus abalorios, por sus gestos.

- En efecto. Hay gente con una apariencia que me da miedo hasta a mí, y sin embargo me han demostrado que son bellísimas personas. Sin embargo, algunos de los que van trajeados son de los

peores elementos que circulan. ¡Hombre, de todos modos, la apariencia, quieras o no quieras, siempre te da una pista!

- O un prejuicio.
- Puede que sí. Pero a mí me vale.
- Sí, claro.
- Mira, hablando del Rey de Roma. Espere, ahora vuelvo.

- ¡Qué fácil te resulta! Entrás en la sala y él automáticamente se va

- Ése y yo hemos tenido ya algunas palabras. Es un descuidero. Tiene varios sitios donde actúa. Uno de ellos es ahí, la sala de espera. Entra, se asoma al gran ventanal para ver cómo llega o sale algún tren, se vuelve y se sienta directamente junto a la víctima elegida.

- ¿Cómo lo sabe?

- Ha estado observando en el reflejo del cristal. Y ha visto un bolso algo separado de su dueña, una cartera en el banco, a un palmo de su dueño, que está enfrascado en la lectura de un libro, o jugando a una maquinita, o hablando por el móvil. Lo que sea.

- Entonces apareces tú.

- Y sabe que se tiene que ir.

- Es un acto preventivo.

- Eso es. Prefiero prevenir. Cuando el mal ya está hecho, la cosa se pone más difícil, el susto ya se lo ha llevado quien sea y el delincuente puede irse de rositas, o te obligan a cierta violencia, y no me gusta.

- Pues hay que tener mucha memoria para un trabajo así.

- A mí nunca se me olvida una cara. Además, enseguida la sitúo.

4.

- En los últimos meses después de que me dieran la incapacidad...

- ¿Por?

- Nada, una enfermedad crónica de la que no me voy a morir, pero que me acompañará siempre.

- Ya

- Usaba diariamente el tren. Cuando en la vía contraria a la mía anunciaban la llegada de algún convoy dirección Alcalá de Henares, el estómago me daba un vuelco. Indefectiblemente, cada vez que yo llegaba a mi andén, repasaba la cara que tenían los que estaban al otro lado de las vías. Al llegar a mi casa, y verme solo, como solo había vivido mis cinco últimos años por la inesperada muerte de mi mujer, y la ausencia de hijos y demás familia; sólo tenía un par de primos lejanos, prometía fijarme mejor al día siguiente en aquellas caras de enfrente porque en algún momento ella tendría que aparecer, tendría que estar entre todos los demás, saludando con la mano, gesticulando para llamar mi atención.

- Perdona, hoy estoy un poco despistado.

5.

- Me he dado cuenta de algunas cosas.

- ¿Cómo qué?, si puede saberse.

- He mirado a la gente que pasaba, buscándola, pero al mismo tiempo sintiendo que podría enamorarme de alguna otra mujer, si me dejara.

- ¡Las mujeres!
- Me imaginaba cómo sería la vida de quien me resultaba atractiva, cómo hubiera sido mi vida a su lado si la hubiese conocido en su momento.
- ¿De quién?
- Cualquiera de esas mujeres de mi gusto que pasan por azar junto a nosotros. De haber tenido ocasión, alguna de ellas hubiera podido ser mi mujer.
- ¡Vaya novela!
- Sí, imaginaciones, deseos insatisfechos, infelicidad arrastrada hasta hoy.
- La verdad es que me cae bien usted, me gusta encontrarle y escucharle; pero a veces, la verdad, no le entiendo.
- Le estoy diciendo que no he sido feliz.
- ¿Y por eso espera, porque a sus años confía ser feliz?
- Tal vez.
- No llore.
- No lloro.
- Me parecía.
- A ratos la tristeza se me desborda.
- A mí también me pasa.
- Entonces, ¿me entiende?
- Creo que sí, aunque no estoy seguro.
- Mire esa mujer.
- ¿La rubia?
- Sí. No me suelen atraer las rubias, pero esa chiquita tiene encanto. Mírela.
- ¿Aprecia esa mirada? Es inteligente.
- ¿Cómo lo sabe?
- Sólo con ver como se mueve. Tiene alegría, tiene fuerza. Labios carnosos.

- Es una muñeca, la verdad... Espere un momento
- Vaya, vaya.

- Era uno de los tipos que tengo que vigilar porque se mete a los servicios para mirar a los chicos. Está loco. Hay muchos así, casi todos ya entrados en edad, que se pasan horas entrando y saliendo de los servicios, meneándose.

## 6.

- "Alcalá de Henares. Vía 2"
- ¿Su tren?
- No te lo vas a creer pero se me sigue encogiendo el estómago cada vez que lo dicen.

- Para. Perdona.
- Creías...
- Parecía...
- ¿La encontrarás?
- Lo deseo.
- ¿Par qué?
- ¿Cómo?
- ¿Para qué la quieres encontrar?
- Me está diciendo que no ha entendido nada.
- No quería molestarle.
- Para unirnos, para ser felices, para pasar juntos el resto de nuestros días.

7.

- Hola.
- Hoy no tengo ganas de hablar.
- ¿Y eso?
- He tenido un mal día?
- ¿Por?
- Porque hoy tampoco la he visto.
- Pero eso...
- Vamos a dejarlo.
- Perdona.
- No quiero ser grosero, pero además me siento mal, muy

cansado.

8.

- ¿Se enfadó conmigo?
- Me siento enfermo.
- No pretendía molestarlo.
- No se preocupe, tengo yo la culpa. Pero me siento enfermo.

Y cansado. Y desenamorado.

- Sólo es un mal día.
- Me temo que no. Llevo toda la vida con una culpa sobre mis hombres, y ya no puedo más. Me la he pasado queriendo ser feliz, sin disfrutar.

9.

- Es ella.
- ¿Cómo dices?
- Ahí está.
- ¿Quién?
- Ella.
- No entiendo
- Ha venido.
- ¡Caramba!, ¿es ésa?
- Sí, es ella. Ahí está, al fin, ha venido.
  
- ¿Qué le pasa? No se me vaya a ir ahora.
- Soy feliz.
- ¡Ayúdenme! Este hombre se muere, por favor, llamen a urgencias, rápido. Por favor, por favor.
  
- Mira.
- ¿Qué? ¿Quién?
- No sé cómo te llamas.
- Adrián.
- Adrián.
- ¿Qué?
- Es ella.
- ¿Quién?
  
- ¿Está ya más tranquila?
- ¿Sabe usted lo que hacía ese hombre en la estación?
- Toda la vida la ha estado esperando.
- No es posible

- Le conozco, hemos hablado mucho.

- Yo también le conozco.

- Ya, hace mucho, ¿no?

- Es mi marido.

- No entiendo.

- Ignoraba a qué salía todas las tardes a la misma hora. Hoy he decidido seguirle. Está bajo tratamiento riguroso, y me tenía muy preocupada. Le había preguntado alguna vez, pero no me quiso responder. Tonto. Yo le dejaba. Había perdido bastante la memoria, y confundía las cosas.

- Tenía una ilusión.

- Tenía una fantasía, siempre la tuvo. Pero no me importaba.